El derecho a rendirse.

Lucidez, retirada y resistencia frente a la cultura del rendimiento.

1. La leyenda de los acostados.

Cuentan que en el siglo XIX, en algunos pueblos de la Andalucía rural, existía una costumbre tan extraña como silenciosa. Se decía que ciertos hombres y mujeres, a partir de los cuarenta o cuarenta y cinco años, decidían un día no levantarse más de la cama. No estaban enfermos, o no del todo. Tenían recursos suficientes para vivir sin trabajar y elegían la horizontalidad como forma de vida. Recibían visitas, leían, pensaban, dormitaban. Se retiraban del mundo sin hacer ruido. La sociedad los miraba con desdén, se les acusaba de deprimidos, de vagos y hasta de degenerados.

No hay documentos que confirmen que este fenómeno existiera tal y como se cuenta. Probablemente sea una leyenda, una historia exagerada que se transmitió de boca en boca. Pero las leyendas no son mentiras, son relatos que expresan una verdad simbólica. Y la verdad que expresa esta leyenda es que la retirada voluntaria ha sido siempre sospechosa. Quien se aparta del juego social (del trabajo, de la producción, de la carrera o de la vida activa) es señalado como un desertor.

La tesis de este ensayo es que rendirse no es fracasar. Rendirse, en el sentido que aquí proponemos, es reconocer que el sistema no da más de sí, que la carrera es una trampa y que el único movimiento inteligente es apartarse para mirar desde fuera.

La cultura del rendimiento nos ha enseñado que abandonar es una debilidad y, sin embargo, la historia de los que se retiraron (los ermitaños, los anacoretas o los que eligieron la soledad) sugiere lo contrario. A veces, la rendición es la forma más alta de valentía.

2. La tradición del retiro.

A lo largo de la historia, muchas personas han decidido apartarse voluntariamente del mundo. Los ermitaños y anacoretas del cristianismo primitivo son el ejemplo más conocido. San Antonio de Egipto, en el siglo III, lo dejó todo y se fue al desierto a vivir en soledad. Su gesto no fue una huida, sino una elección en la que renunció a la vida social para buscar una verdad que el ruido del mundo le impedía escuchar.

Otros lo hicieron por razones filosóficas. Los cínicos griegos, como Diógenes, renunciaron a las convenciones sociales y vivieron en la calle, sin propiedades ni ataduras. Los estoicos, como Séneca, recomendaban el otium, el retiro de la vida pública para dedicarse a la reflexión. Y en la tradición oriental, el eremitismo y la vida monástica han sido formas de apartarse del mundo para encontrar la paz interior.

Todos estos casos comparten que la retirada no es una derrota, sino una elección lúcida. Quien se aparta no renuncia a la vida, sino a una forma de vida que le parece vacía o destructiva.

3. La cultura del rendimiento.

Vivimos en una sociedad que nos exige ser productivos, competitivos y exitosos. La cultura del esfuerzo, que en su origen tenía un valor liberador, se ha convertido en un mandato moral. El filósofo Byung-Chul Han ha descrito la sociedad actual como una "sociedad del rendimiento" en la que el sujeto se explota a sí mismo, convencido de que se está realizando. Ya no hay un jefe que nos obligue a trabajar más, somos nosotros quienes nos exigimos, porque hemos interiorizado que nuestro valor depende de nuestra productividad.

El sistema necesita que no nos rindamos nunca. La economía del consumo, la industria del autoemprendimiento y la cultura de la autoayuda dependen de la insatisfacción permanente. Si aceptáramos nuestros límites, dejaríamos de comprar la promesa del éxito. La rendición, por tanto, no es solo una decisión personal, es un acto de desobediencia frente a un sistema que nos quiere siempre en movimiento.

4. La lucidez de la retirada.

Frente a la tiranía de la cultura del esfuerzo, a la que tantas veces se hace referencia desde quienes detentan el poder, la retirada voluntaria aparece como una forma de resistencia lúcida. Byung-Chul Han lo ha formulado con claridad: "Quedarse en casa es la forma más lúcida de resistencia".

No se trata de aislamiento, sino de una retirada controlada para frenar la exposición permanente y cultivar la reflexión, el ocio creativo y la distancia frente a la lógica de la productividad.

La retirada no es pasividad, es una táctica. Quien se aparta no renuncia al mundo, lo mira desde otro lugar desde el que, a menudo, se ve con más claridad.

Los ermitaños no estaban locos, estaban cansados de un mundo que no les ofrecía nada mejor que una carrera sin sentido. Y eligieron la única libertad que les quedaba: decidir dónde estar.

5. Los que no pueden rendirse.

Pero no todos pueden permitirse la retirada. La rendición lúcida es un privilegio de clase. Los ermitaños tenían, en muchos casos, recursos o comunidades que los sostenían. Los que no los tienen no pueden acostarse, porque necesitan el salario para comer.

La cultura del rendimiento es especialmente cruel con quienes no pueden bajarse del tren: los trabajadores precarios, las familias que dependen de un sueldo o los jóvenes que no encuentran empleo. Para ellos, la rendición no es una elección, es una condena.

La tesis, por tanto, debe matizarse. El derecho a rendirse no es solo el derecho a abandonar, es el derecho a no tener que luchar siempre. Y ese derecho exige condiciones materiales, como una renta básica, unos servicios públicos que no dependan del empleo y una sociedad que no mida a las personas por su productividad.

6. Las condiciones de la rendición.

Para que la rendición sea una opción legítima y no una condena, deben cumplirse varias condiciones:

- Garantizar la subsistencia con una renta básica universal o un ingreso mínimo que no dependa del empleo.
- Desmercantilizar el éxito, dejando de medir a las personas por su productividad.
- Recuperar el derecho a la pereza, entendida no como vagancia, sino como resistencia frente al mandato del rendimiento.
- Crear espacios de retirada físicos y simbólicos donde sea posible desconectar sin ser estigmatizado.

La rendición no es una utopía, es una posibilidad que ya existe, aunque de forma marginal. Los ermitaños y anacoretas fueron un ejemplo extremo, pero también lo son quienes hoy deciden trabajar menos, cambiar de vida o simplemente dejar de correr.

7. La vida sin rendición.

La reflexión con la que se cierra este ensayo es una invitación a valorar la rendición no como un fracaso, sino como una forma de lucidez, no como una huida, sino como una pausa, y no como una derrota, sino como una victoria sobre el sistema que nos quiere siempre en movimiento.

El derecho a rendirse no es el derecho a no hacer nada, es el derecho a decidir qué batallas merecen la pena y cuáles no, es el derecho a decir "basta" sin que eso nos convierta en perdedores y es, en definitiva, el derecho a ser dueños de nuestro propio tiempo.